

IDEOLOGÍAS Y LUCHAS DE PODER EN LOS SUCESOS DE 1811

Rodolfo Castro Orellana

I

Los siguientes tres apartados son parte del proyecto de investigación *Usos de la noción de ideas e ideologías*. Se trata de unas notas cuya pretensión es limitada, dado que el tema no tiene un apoyo bibliográfico especializado y, en cierto modo, nos aventuramos en un campo que ha sido poco indagado, pese a la existencia de muchas reflexiones sobre la emancipación de la colonia española que no llenan nuestras expectativas.

Haciendo un breve balance de lo encontrado, en la bibliografía especializada consultamos *Ideologías de la Independencia*, de Virgilio Rodríguez Beteta, el cual nos ha servido para examinar ideas políticas en

fuentes periodísticas que influyeron en la fase final de nuestra emancipación; y el interesante libro de Constantino Láscaris, *Historia de las Ideas en Centroamérica* que, al contrario, nos entrega valiosos antecedentes sobre el proceso ideológico de la Colonia, en un estilo muy provocativo, que enriquece el debate sobre usos de las ideas.¹

También hemos tenido acceso al libro de Rafael H. Valle, *Historia de las Ideas Contemporáneas*, cuyo interés está más enfocado en las ideas posindependencia, además de las limitaciones en relación al mane-

1. Rodríguez Beteta, V. *Ideologías de la independencia. Doctrinas políticas y Económico-sociales*, 1ª ed., Editorial París-América. Francia, 1926; Láscaris C. *Historia de las Ideas en Centroamérica*, 1ª Ed., Educa. Costa Rica, 1970.

jo de los textos, donde se privilegia nombres y apellidos sin la inserción histórica de contextos y personajes.

De la nueva bibliografía se ha tenido acceso por medio de internet a ensayos y artículos o avances sobre la educación en la Colonia, el impacto de las reformas borbónicas previas a la lucha por la independencia, etc., que solo sirven limita damente. Podemos señalar, en particular un *Breve balance de la historiografía contempo-ránea sobre la Independencia en Cen-troamérica*, del 2009,² el cual nos reafirma en nuestra percepción de ausencia de trabajos específicos sobre el tema.

No obstante estas limitaciones, hemos encontrado trabajos ya clásicos entre nosotros, cuyos títulos no expresan realmente la riqueza de información y reflexiones sobre los actores y usos de las ideas e ideologías en las luchas por la emancipación en la Provincia de San Salvador. Tal el caso del «ensa-

yo» *José Matías Delgado y el Movimiento Insurgente de 1811*, de Rodolfo Barón Castro, una acuciosa investigación en fuentes de primera mano como el Archivo General de Indias de Sevilla, España.³ Desde otro enfoque también nos ha servido por sus lapidarios juicios e intuiciones brillantes el ensayo histórico de José Salvador Guandique, *Presbítero y Doctor José Matías Delgado*, pese a sus limitaciones y su perspectiva «elitista» del proceso emancipatorio.⁴ El estudio de Francisco Peccorini, *La voluntad del pueblo en la emancipación de El Salvador*, ha representado un semillero de interrogantes que nos han ayudado a buscar explicaciones a hechos y posturas, más allá del uso del método lógico-formal del que Peccorini hace gala en sus interpretaciones.⁵ Finalmente, nos ha sido de mucha utilidad el ya clásico trabajo de A.D. Marroquín, *Apreciación Sociológica de la Independencia Salvadoreña*, por los datos y cifras que aporta y las «proyecciones ideológicas» que hace de

2 Gutiérrez, Coralia. *Breve Balance de la Historiografía Centroamericana Contemporánea*, 2009.

3 Barón Castro, Rodolfo. *José Matías Delgado y el Movimiento Insurgente de 1811*, Ministerio de Educación, Dirección de Publicaciones e Impresos. El Salvador, 1962.

4 Guandique, José Salvador. *Presbítero y Doctor José Matías Delgado*. Ensayo Histórico, 1962

5 Peccorini, Francisco. *La Voluntad del Pueblo en la Emancipación de El Salvador*, Dirección General de Publicaciones, Ministerio de Educación, El Salvador, 1972.

6 Marroquín, Alejandro D. *Apreciación Sociológica de la Independencia Salvadoreña*, Universidad de El Salvador, Instituto de Investigaciones Económicas, Facultad de Economía, 1964.

las distintas reivindicaciones de los actores en lucha.⁶

En este trabajo es necesario explicitar que no vamos a caer en el dilema entre método empírico, que acumula «hechos», y método lógico o aplicación de marcos conceptuales prefijados, sino — como dice Guandique— en indagar el cómo y el qué de los hechos o acontecimientos vitales, lo cual no se encuentra en los archivos o en la teoría, sino en «la historia de su medio social»; y si la historia no es concebida con inclusión de eso que hoy llamamos contexto o campo social de fuerzas donde se mueven actores vivos (o que lo fueron), sería «como el movimiento percibido sin lo que se mueve».⁷

Ideas de autonomía, su origen: ¿conflicto criollos- peninsulares?

La cuestión planteada como pregunta inicial deriva del punto que la mayoría de escritores señalan como el origen de las ideas de autonomía o independencia que se expresaron con estos movimientos: ¿qué los movía? ¿hacia dónde?. Ante esto se responde: «esa tensión tan terrible que existía entre peninsulares y criollos... constituyó... una palanca poderosísima para el

⁷ Guandique, J.S. Op. Cit., p. 20, citando a Karl Mannheim.

movimiento independentista, pero no sin haber tenido que contrarrestar un influjo muy grande del sentimiento monárquico-religioso del pueblo...».⁸

Esa respuesta a la pregunta hecha en general es correcta, pero presenta varios vacíos. El primero es que, efectivamente, existía esa «tensión tan terrible» entre criollos y peninsulares y que era de larga data, agudizándose cada vez más; sin embargo, los criollos no podrían manejar ideas autonomistas sin una práctica autonomista (imposible la independentista, por el momento). El segundo aspecto que es necesario dilucidar es el factor contrarrestante de las ideas autonómicas: «el sentimiento monárquico-religioso del pueblo», y aquí «el pueblo» aparentemente solo abarca al elemento étnico indígena, pero, ¿y el «pueblo criollo»? ¿y el pueblo «mestizo»?

⁸ Peccorini, Francisco. Op. Cit., p. 14.

⁹ Desde 1798 en que falleció el último intendente hasta 1805 en que tomó posesión Gutiérrez y Ulloa, el Cabildo sansalvadoreño en manos criollas se convirtió en el poder real, lo cual contribuyó a fortalecer «una cierta autonomía municipal». Ver: Barón Castro, p. 61-62. En ese aspecto San Salvador presenta una excepción a la tendencia a desplazar el gobierno de los criollos por las reformas políticas «borbónicas», ver: R. Turcios, p. 22.

En relación al primer problema, es importante la existencia de un ejercicio práctico de los criollos en el gobierno municipal de San Salvador, frente al vacío de intendente o de la «autoridad disminuida» de los interinos.⁹ Por su parte, la autoridad eclesiástica de la provincia criolla, precisamente estaba en manos del principal cabeza y líder de los movimientos autonomistas e independentistas, José Matías Delgado, a partir del cual se generaba una tupida «red familiar».

Existen también instituciones que son centros o resortes de poder, como el «Montepío de Cosecheros de Añil», en cuya dirección se mezclaba la elite de los propietarios criollos y peninsulares. Es sin duda un espacio de encuentros y desencuentros de los dos agrupamientos, pero que los había «acostumbrado a discutir con cierta libertad sus propios asuntos». A ello hay que agregar que esa elite es la que accede a la autoridad municipal «a través de los oficios concejales vendibles, lo cual les brindaba la oportunidad de participar, en forma permanente, en los asuntos públicos de su localidad».¹⁰

El autonomismo se expresó también por la misma época en

¹⁰ Barón Castro, Rodolfo. *Idem* y nota 4, p. 82.

un «complicado pleito sucesorio» en la intendencia de San Salvador: el Capitán General trató de cubrir la vacante con un teniente letrado, pasando por encima de las ordenanzas que señalaban al Alcalde de primer voto como sucesor natural en el gobierno político. Hubo oposición no solo del afectado sino de la población criolla que «puso de manifiesto» sus ánimos exacerbados por tamaña injusticia que había violentado los derechos de su Alcalde primero, que los privaba de gozar de cierta autonomía en el gobierno político de la intendencia.¹¹

Existe una situación que por obvia se pasa por alto en muchos escritos sobre los primeros hechos por la emancipación de San Salvador: la íntima vinculación de la rectoría religiosa y la dirección municipal, a través de lazos familiares. En efecto, los hermanos Delgado, parientes y allegados ocupaban diversos cargos de la autoridad del cabildo. Como lo afirma Barón Castro, «de esta manera,

¹¹ Barón Castro, Rodolfo. *Op. Cit.*, pp. 62-64.

¹² El mayor y menor y los hermanos Delgado (Manuel y Francisco) eran militares: Teniente y Subteniente del Escuadrón de Dragones, a partir de 1803 el primero y de 1811 el segundo. Barón Castro, R. p. 27, nota 16, p. 47.

este importante grupo familiar, vinculados a la curia, al ayuntamiento e incluso a la milicia,¹² extiende y afirma su influencia». En otras palabras, ambas jerarquías, la cívico-militar y la religiosa han coincidido en gran parte desde 1797-1799 hasta 1805 en manos de una familia criolla que lideraría el movimiento insurreccional de 1811.

Visto en esa perspectiva, nos parece que al primer problema sobre la «terrible tensión peninsulares-criollos» en la intendencia de San Salvador, no basta con señalarlo como origen de las ideas autonomistas de los criollos, sin examinar que ese agente histórico esté preparado para que sus ideas lo conviertan en actor capaz de asumirlas y animarlas en la práctica.

En otras palabras, en la Intendencia de San Salvador se van a unir los impulsos ideológicos por asumir la dirección del mando político, con una más o menos dilatada preparación para ello; y eso no tiene explicación en una abstracta y terrible «tensión» que más bien tiende a paralizar los ánimos que a dinamizar las acciones de poder de un grupo.

En consecuencia, «la palanca poderosísima» (sic) para que el movimiento autonomista se mueva no es la existencia del conflicto criollos-peninsulares: esta reside en que el actor (criollos)

que va a dirigir las acciones insurreccionales de 1811 esté preparado para asumir el relevo político en el momento en que las condiciones o tiempos lo autoricen. Para ello no basta con la «voluntad», por muy heroica que se presente, ni siquiera que el conflicto haya llegado a límites insostenibles por ambas partes. Otra cosa es que, con la experiencia del ejercicio dilatado del poder, se den las condiciones para que el movimiento sea percibido con actores de carne y hueso.¹³

¿Influencia del sentimiento monárquico-religioso del pueblo?

En relación al segundo aspecto que trata sobre el factor (sentimiento) ideológico legitimista y religioso que se presenta como dominante en el pueblo y contrarrestante de los líderes autonomistas, habría que plantear varias cosas que pongan esa afirmación general en un marco más complejo de situaciones históricas.

Primero, es importante dilucidar quién era «el pueblo» que, según Peccorini, estaba domina-

¹³ Ese momento va a arribar de 1808 en adelante cuando se presente el «vacío» de poder en España y los aspirantes criollos inician su marcha para probar que tienen derecho a dominar.

**Cuadro I. Composición étnico social de la
In-tendencia de San Salvador: año 1807**

Categorías	Total de categorías	Porcentaje del total
Espanoles peninsulares	1.422	0.86
Espanoles americanos o criollos	3.307	2.00
Mestizos	87.722	53.07
Indios	71.175	43.07
Negros y mulatos	1.652	1.00
Total	165.278	100.0%

NOTA: Los datos aproximados y recompuestos por A. D. Marroquín tienen como fuente a A. Gutiérrez y Ulloa: Estado General de la Provincia de San Salvador: Rey-no de Guatemala, 1807, S.E., S.P.

do por una ideología legitimista-religiosa. Sin duda se refiere al conjunto de categorías sociales que conformaban la población colonial a inicios del siglo XIX en la Intendencia Provincia de San Salvador. Según Marroquín,¹⁴ con datos aproximados, la población tenía la composición étnica en individuos y porcentajes, siguiente:

La anterior «proyección» sirve para nuestro propósito, independientemente de que los datos sean aproximados y las divisiones sean discutibles, porque reflejan un nivel muy alto de heterogeneidad social-cultural, el cual se com-

14 Marroquín, Alejandro D. *Op. Cit.*, p. 26

15 Ídem., hace dichos «cortes» en pp. 10-14 para «Estratos de Españoles Peninsulares», y pp. 14-16 para «Estratos de Españoles americanos o criollos».

plejiza al operar con un corte vertical u horizontal por estrato en cada categoría.¹⁵

¿Con esa realidad de fondo, tanto la pregunta como la respuesta ya no pueden ser tan directas y fáciles de responder; ¿es dominante entre «el pueblo» la ideología monárquico-legitimista en vísperas de la insurrección de la Intendencia de San Salvador?, ¿funcionó como una fuerza de contrapeso «muy grande» para neutralizar la acción de las ideas autonomistas? Es indudable que el «sentimiento» monárquico-religioso tuvo un peso específico entre las diversas categorías y estratos de la población, pero su influencia fue muy heterogénea y variable en períodos normales; y en coyunturas críticas fue necesario ponerla «en movimiento» por actores «de carne y hueso» y hacer que esas ideas o sentimientos fueran efectivas para

lograr el contrapeso a las ideas contrarias de emancipación gradual de la monarquía española.

Además, para complicar el cuadro, en las dos generaciones anteriores se había formado el núcleo político de ese 2 % criollo (cuadro 1), que se constituyó en elite dirigente del movimiento emancipador; y a la vez sufrió un cambio fundamental la composición social étnica con el proceso del mestizaje. La categoría mestizos en el cuadro 1 tiene una ponderación aproximada del 53.07 %, viniendo de constituir una minoría en los siglos XVI y XVII; pero ya a fines del siglo XVIII e inicios del XIX se convirtieron en el grupo étnico más numeroso, en muchos sitios de América y en Centroamérica.¹⁶

«Este grupo hubiera resultado insignificante si su número hubiera sido escaso, pero al sobrepasar a la población blanca (y a la indígena R-C) representó un detonante social, ya que estaban condenados a vivir sin una función social específica».¹⁷ Efectivamente, muchos de los líderes de

16 Solórzano Fonseca, Juan Carlos. «Los años finales de la dominación española». En *Historia General de Centroamérica: De la Ilustración al Liberalismo*, tomo III, Flacso, Madrid, pp. 25 -29

17 Ayala, L. E. . Op. Cit.p. 33

los levantamientos de barrios de las ciudades y pueblos de la intendencia de San Salvador en 1811 y 1814 eran de esta categoría social: «mulatos o pardos» a quienes las autoridades y la sociedad coloniales anatematizaban como «levantiscos y alborotadores», además de que se sostenía respecto a ellos un verdadero «apartheid».¹⁸

Lo complicado de su situación social es que querían parecer españoles adoptando sus costumbres y usos sociales, pero a la vez repudiaban sus raíces indígenas o negras; la sociedad colonial los discriminaba en sus posibilidades de ascenso social; para optar a grados académicos tenían que presentar «examen de pureza de sangre» (?), no podían concursar para cargos públicos; solamente podían optar al sacerdocio de base, no a las altas jerarquías. A fines de la dominación colonial los mestizos crecieron a través de tres canales: los criollos pobres o empobrecidos, los negros libertos y los indios que lograron hacer fortuna, todos ellos se pueden ubicar en el medio de la estructura social, en diversos estratos que eran ya

18 «Era tan difícil la situación del mestizo que el Deán García Redondo en 1799 los llamó «súbditos sin derechos, extraños a los bienes comunes y forasteros en el suelo natal». Marroquín, Op. Cit. p. 17.

portadores y divulgadores de una ideología mestiza que les daría presencia en los movimientos de emancipación, sean autonomistas o de independencia absoluta.¹⁹

Como vemos, la respuesta es bastante más difícil si insertamos a los mestizos como parte de ese «pueblo» que, alega Peccorini, era portador de esa ideología monárquica-legitimista. En la realidad esa categoría social más bien era portadora de una ideología propia proclive más al autonomismo o la independencia de los lazos coloniales, que a las lealtades legitimistas y religiosas, lo cual no significa homogeneidad. Precisamente por esa función social de estrato o categoría social que les es negada, tanto por españoles que los despreciaban y segregaban, como por los indígenas que los veían con desconfianza y re-

19 Ayala, L. E. Ídem. A. D. Marroquín divide en 4 capas el Estrato Mestizo: pequeños comerciantes, agricultores en pequeño, funcionarios subalternos y trabajadores urbanos en general, y agrega »parásitos y malvivientes«, p. 18, lo cual expresa heterogeneidad.

20 Marroquín, Op. cit., p. 18. Se puede decir lo mismo de negros o mulatos que a pesar de las barreras de todo tipo usa todos los medios posibles que le ofrece su entorno para superarse «y difundir sus propios valores»

celo, el mestizo se lanza a ganar su espacio propio en un entorno hostil y opresivo y lo consigue «a base de audacia, tenacidad, astucia» y, en ocasiones, pasando por encima de limitaciones morales.²⁰

En cuanto al «pueblo indígena», (43.07 %) es otra su inserción en la sociedad colonial; su composición social es más homogénea que la de mestizo. Las comunidades indígenas, no obstante ello, eran «una abigarrada mezcla» de elementos ideológicos y culturales propios de la colonización; usos y tradiciones preconquista, que se les impusieron en el proceso ideológico de la evangelización por la diversidad de órdenes religiosos. Como lo afirma R. Bastide, «El indio se resiste a la integración...; opone una resistencia casi vegetal, la del individuo atrapado por su suelo, sus tradiciones, su soledad o su miseria».²¹ No obstante ello es el estrato de los sectores dominados que por sus características va a ser punto de apoyo de las autoridades coloniales en contra de las luchas por la

21 Citado por C. Láscaris, ídem. Para una amplia descripción de la vida del indio en la colonia, ver *La Patria del Criollo*, cap. V de Martínez Peláez S., aunque no compartimos el uso dogmático que el autor hace del marxismo en su interpretación de la vida colonial.

independencia o la autonomía; sin embargo, esa función de apoyo político ideológico de los indios a autoridades coloniales es importante relativizarla. Por un lado, ello estaba ligado al trato que los criollos habían dispensado a los indígenas, a través de las encomiendas y los repartimientos en el pasado, y a su proyecto de hegemonía en el movimiento autonomista, a partir de la crisis de la monarquía española; por otro lado en la lucha por las «mentes y corazones» del pueblo indígena, los agentes del «ala religiosa» oficial manejan un discurso pro monárquico legitimista religioso; que se va a expresar nítidamente en los momentos álgidos de la insurrección, cuando en las «ciudades españolas» de la Intendencia de San Salvador (San Vicente y San Miguel) se pelea en las calles, los pulpitos, los cabildos, etc. por el poder político.

El autor Peccorini en esas líneas agrega a su hipótesis que la ideología monárquico-religiosa «del pueblo» actuó de barrera profiláctica para neutralizar ideas subversivas, lo que «se hizo más o menos perceptible según la naturaleza de las diversas poblaciones...»: vigorosamente en las «ciudades españolas, en las que la tradición de caballería (sic) y de fidelidad a la corona estaba hondamente anclada, lo que paralizó no poco los

ánimos de la plebe en los pueblos indios, cuando los contrarrevolucionarios supieron explotarlas debidamente»; y añade que los insurrectos no se limitaron a argüir razones de tipo económico-social, sino que «alardearon de fidelidad a Fernando VII», lo cual demostraría que la tensión criollos-peninsulares estaba «condicionada por el sentimiento monárquico».²²

Independientemente que al autor citado le sirve ese argumento para proponer una cuestión distinta a la nuestra, a nosotros nos ayuda a considerar no solo la influencia variable que tuvieron las ideas legitimistas religiosas como contención de ideas emancipadoras, sino también para tratar de explicar cómo «condicionaron» a estas últimas. Para todo ello sirve el argumento de Peccorini de «la naturaleza de las diversas poblaciones».

Cuando se alude al impacto de la insurrección de San Salvador como ciudad capital de la intendencia, en ciudades de la provincia que el autor citado clasifica como ciudades «españolas» y «pueblos de indios», sin duda tomando como criterio un poco laxo quiénes dominaban en los cabildos y en las jerarquías eclesásticas, porque en términos numéricos los españoles peninsulares

22 Peccorini, Francisco. Op. Cit., p. 14.

Cuadro 2. Levantamientos populares en la Intendencia de San Salvador. Noviembre- diciembre, 1811

No.	Ciudad o pueblo	Fechas	Composición social de la participación
1	San Salvador	4,5 y 6 (nov.)	Criollos, mestizos e indios
2	Santiago Nonualco (Zacatecoluca)	5 y 6 (nov.)	Indios nonualcos
3	San Pedro-San Martín (San Salvador)	5 y 6 (nov.)	Mestizos-indios
4	Usulután-Cerro Colorado y La Pulga	17 (nov.)	Indios-mestizos
5	Chalatenango-Tejutla	17 (nov.)	Indios
6	Santa Ana-Barrio de Abajo	17 y 20 (nov.)	Mestizos e indios
7	Metapán-Barrios	24 (nov.)	Mestizos, indios y criollos
8	Cojutepeque	30 (nov.)	Indios
9	Sensuntepeque	20 (dic.)	Indios, mestizos y criollos

Fuentes: Marroquín, p. 61-62, R. Turcios, p. 174-175; Francisco Peccorini, p. 16-17 y 20-22; R. Barón Castro, P. 157-158, y F. Gavidía, pp. 188-207.

y «americanos» estaban en minorías; Peccorini toma de muestra: dos ciudades «españolas» y dos de «indios», San Vicente, San Miguel, Santa Ana y Metapán, o sea, los que, según Peccorini, fueron «baluarte» «inexpugnable»²³ de las «ideas monárquicas-religiosas», y

²³ *Ibíd.*, p. 16.

²⁴ Peccorini afirma que, en los últimos existe el mismo motivo que mueve el ánimo «de la plebe», pero que no afectan al trono ni a la religión, limitándose al odio arraigado contra los «chapetones» y un malestar ocasional «pero profundo» por el agobio

dos en donde las ideas autonomistas e independientes motivaron sentimientos y movimientos insurreccionales.²⁴ Sin embargo, una rápida mirada a los pueblos que se levantaron en el corto período, nos pone en alerta sobre lo «sesgado» de la muestra del autor.

Como lo afirma A. D. Marroquín el cuadro es una enumeración demostrativa no exhaustiva de todo el movimiento insurreccional suscitado en corto período

de las cargas tributarias (*ibíd.*, p. 31), argumento que es necesario matizar, como veremos más adelante.

solamente en la Intendencia de San Salvador. Pero lo que nos interesa develar es el movimiento real de las ideas y de sus actores principales. Para ello es necesario hacer una lectura de la lucha ideológica que se desarrolló en las «ciudades españolas», para establecer cómo sirvió la ideología monárquico-religiosa de «fuerza contra restante» de la ideología autonomista-independentista, y cómo esta no se sustrajo a lo que Peccorini llama «condicionamiento monárquico» y que en otros movimientos emancipadores en América del Sur se denominó más atinadamente como «La máscara de Fernando».²⁵

Si el origen de ideas autonomistas e independentistas en forma general y abstracta se puede ubicar en la contradicción criollos-peninsulares, pero en concreto-histórico los agentes que la viabilizan para hacerla operativa son los criollos de la Intendencia de San Salvador, en una práctica más o menos prolongada

25 Se habla así de una «maniobra táctica» de los revolucionarios en la «Revolución de mayo» de 1810, en el Virreinato del Río de la Plata, Buenos Aires; pero en la medida que surte efectos políticos favorables o no, se convierte en más que una maniobra, en un elemento de la realidad de la acción política.

de ejercicio del poder del Cabildo, —*mutatis mutandis*— lo mismo podemos afirmar de la contratendencia a las ideas autonomistas, las «contrarrevolucionarias» o antinsurreccionales. ¿Cómo surgen? ¿Quién los movía? ¿Hacia dónde?

Para responder basta en gran medida con hacer transcripción de párrafos claves de los discursos político-religiosos de dos curas promonárquicos de las «ciudades españolas» de San Vicente y San Miguel.²⁶ El cura párroco de San Vicente, Manuel Antonio Molina según Peccorini, con sus ardientes palabras hizo que «soldados y civiles ardieran» en «sentimientos de adhesión suscitados en sus pechos», a favor de la causa monárquico-religiosa:

«No ignoro que la iglesia nuestra madre se halla afligida, y el romano pontífice en prisión; que nuestra nación está consternada, y el Rey, que tanto amamos y hemos jurado, también cautivo. Todos estos males son causados por los infames

26 «San Miguel, ciudad de caballeros... Con tradición eminentemente monárquica y aristocrática» (?) y «San Vicente de Lorenzana... y de Austria... nació con un alma eminentemente española», dice F. Peccorini, p. 16 y 17, tratando de dar énfasis a su argumentación.

franceses y su tirano emperador Napoleón. En semejantes circunstancias deberíamos pasar a unirnos a nuestros hermanos los españoles de Europa para pelear con ellos a favor de la iglesia y de la nación ¿y es posible que no pudiendo hacer esto nos pongamos de parte de Napoleón?»²⁷

Y el cura párroco de San Miguel, Miguel Ángel Barroeta.

«Ciudadanos..., ya es preciso que deis a conocer que sois españoles y que respetáis las autoridades legítimas puestas por el gobierno que juraste. El cielo y los hombres fueron testigos de vuestros juramentos, y estos mismos deben serlo de vuestra lealtad. No creáis, conciudadanos, los falsos colores con que los insurgentes de San Salvador pintan el carácter de nuestros hermanos los españoles europeos, para dar alguna apariencia de justicia a su escandaloso levantamiento, porque vosotros tenéis... convencimiento de lo contrario. Tres siglos de experiencia son pruebas nada equívocas del

27 García, p. 490, tomo I; Gavidia, pp. 190-192.

interés que ellos han tomado por nosotros. Sí, a ellos debemos nuestro origen, a ellos debemos nuestra religión, de ellos hemos tomado las artes y las ciencias, y en fin ellos han sufrido como nosotros los males del gobierno arbitrario, sin tener parte en la opresión».²⁸

Como se puede ver, ambos son resúmenes escogidos de piezas oratorias muy bien construidos, que manipulando ideas y sentimientos repetidos a lo largo de tres siglos de colonización, son aplicados a una coyuntura de crisis profunda de la legitimidad monárquica-religiosa, en una batalla ideológica por «las mentes y corazones» de lo que ellos llamaban plebe indígena o más eufemísticamente «gente baja pero honrada».

En la primera se puede relacionar las ideas de: 1) Iglesia: madre afligida; 2) Pontífice y Rey: cautivos; 3) Españoles hermanos en nación española: consternación; 4) Causa de males los franceses y Napoleón tirano; 5) Con-

28 Ídem., p. 481 y pp. 194-195.

29 El activismo del cura Molina es reconocido en R. López Jiménez, p. 13, donde se revela que J. Vicente Villacorta trabajó en los barrios populares de San Vicente por el apoyo a la insurrección, pero «no pudo con-

clusión: unión con españoles europeos en lucha a favor de iglesia y nación; 6) no hacerlo es igual que ponerse a favor del tirano.²⁹

En la segunda, más elaborada ideológicamente, se pueden relacionar las ideas de, por una parte, 1) Ciudadanos españoles: respeto a la autoridad constituida; 2) El cielo y los hombres testigos de lealtad y fidelidad, sino que ellos los juzguen; por otra parte, también se identifican: 1) falsos colores: insurgentes de San Salvador; 2) escandaloso levantamiento: denigran hermanos españoles; 3) españoles son nuestro origen-nuestros protectores-dadores de religión, artes y ciencias en 3 siglos de experiencia; 4) y para rematar, ellos también sufren el mal gobierno sin culpabilidad alguna.

Dichas piezas de oratoria ideologizada eran expresión de un «miedo paralizante» por la posibilidad de contaminación de los indígenas (principalmente) de ideas subversivas o revolucionarias. Sin embargo, el éxito de esos discursos tenía que ser respaldado con acciones materiales que superaran el miedo al «enemigo»; de allí el acto simbólico pero contundente del ayuntamiento miguelero de

trarrestar la influencia del canónigo... M. A. Molina, quien con decidido empeño trabajó en contra de la emancipación...»

«quemar» las proclamas sediciosas en acto público, con presencia de toda la población y con participación del «verdugo» ejecutor normal de sentencias a muerte.

Otras acciones habían sido tomadas en el cabildo que duró desde la una del mediodía hasta las doce de la medianoche, además de la quema pública de «los papeles sediciosos»; movilización de tropa desde San Miguel para unirse con los de San Vicente y exigencia de una contribución de guerra de «todos los vecinos y capitulares... en proporción a sus facultades», lo cual permitía a la vez controlar a los que apoyaban al «enemigo».³⁰

De lo anterior se deduce lo erróneo de la conclusión de Peccorini en el sentido de que «las ideas revolucionarias no habían hecho presa aún de aquellas poblaciones», y que en ellas «reinaba la unión entre los españoles de España y los españoles de América...» y que «donde el factor humano blanco (sic) predominaba, el sentimiento de patriotismo giraba alrededor de la inmensa España intercontinental y, por consiguiente, todo enfoque revolucionario tenía que fracasar».³¹

Aún más, en una carta que cita el autor, escrita desde San

30 García, p. 480, citado por Peccorini.

31 Peccorini, p. 18, 19 y 20

Miguel el 10 de noviembre de 1811 por un comerciante de Rivas, se describe una situación de extrema alarma, «un revoltorio continuo en la ciudad, un lloro y suspiro de mujeres, por la noticia de la convocatoria de San Salvador a unirse «al levantamiento contra el intendente y los chapetones...». Se había suspendido la Feria de noviembre y «desbaratado los chinamites», para dejar libre la plaza para lo que aconteciera, acuartelando la tropa y convocando el cura a los feligreses, etc.; advirtiendo a los comerciantes (de Rivas) a «contener la partida (mientras) se componen estos ruidos...».³²

Nuestra conclusión es diferente; en las llamadas «ciudades españolas» citadas no existía tal unanimidad en cuanto a defender la ideología legitimista-religiosa; y aun cuando era la dominante ello no significaba que las ideas emancipatorias no hubiesen penetrado y extendido tanto entre las mentes de los criollos, como con mayor seguridad entre los mestizos e indios ladinizados; quizás en menor medida entre indios de comunidades que se distanciaban por igual de criollos y peninsulares, aun cuando estos últimos fueron en ocasiones protectores de indios como funcionarios de la Corona.

32 *Ibíd.*

Precisamente las acciones contra-insurgentes que se tomaron (discursos, represión, movilización de tropas, impuestos de guerra, etc.) pusieron en movimiento a los actores principales de la defensa del decadente ideal legitimista-religioso pro España: autoridades de los cabildos y curas legitimistas,³³ además de las minorías de españoles peninsulares que no fungían como autoridades. Todo ese «revoltorio» —como afirma el comerciante—, no fue provocado solamente por la insurrección en San Salvador, sino para impedir que los autonomistas o independentistas de San Miguel formaran «un cuerpo respetable», consecuencia de no hacer nada o dejar la iniciativa a esos elementos.

¿De «plebe» a pueblo? O el movimiento de los actores y las ideas en «pueblos de color»

Siguiendo la clasificación de Peccorini, ya examinamos las «ciudades españolas», ahora abordaremos el impacto de las ideas de emancipa-

33 Aquí cabe recordar la división dentro de la iglesia católica (aparato ideológico por excelencia durante la Colonia) entre curas legitimistas y curas autonomistas-independentistas, que jugó un papel eminente en las luchas ideológicas. Ver Pinto, J. C. *Op. Cit.*, p. 80, tomo III.

ción en los «pueblos indígenas», a los que denominamos «de color» para abarcar al elemento étnico mestizo, mulato y ladino (indígena integrado) que es confundido por el autor citado en todas sus categorías con el mulato. Sin entrar a discutir el tema, que daría para un artículo aparte, partimos de lo afirmado por A. D. Marroquín: 1°.- Que los negros y mulatos eran una categoría minoritaria (cuadro 1), al tiempo de inicios de las luchas por la independencia; y 2°.- Que eso se debía a un proceso de absorción casi total por la población indio-mestizo en la intendencia de San Salvador.³⁴ Si partimos de esas premisas vemos que es claro el equívoco de Peccorini, que encaja en la

34 Marroquín, Alejandro D. Op. Cit., p. 18. Incluía: los partidos de San Salvador, Zacatecoluca, Olocuilta, Cojutepeque, San Vicente, San Miguel, Usulután, Santa Ana, Metapán, Gotera, Sensuntepeque, San Alejo, Opico, Chalatenango, Tejutla. Ver: es.wikipedia.org/wiki/intendencia-desansalvador.

35 Respecto al término de «pardos», ver: Martínez Peláez, Severo. Op. Cit. cap. VI pp. 709 y 710, nota 148a.

36 Alejandro Marroquín percibe ese error en las mismas fuentes que cita Peccorini; pero el primero las depura, mientras el segundo las usa acriticamente cometiendo los equívocos aludidos; Marroquín p. 23

categoría de ladino a los mulatos y negros, a los cuales se refieren en los documentos que cita, como «los pardos».³⁵

Basado en ese equívoco³⁶ les adjudica un papel fundamental «en los sucesos revolucionarios de 1811»; y llega al colmo de afirmar «que la población de mulatos, que tan agitada se mostró en esa época, era prácticamente imperceptible...»(?), eso debido a que en los datos demográficos que maneja solo aparecen las categorías de indígenas, ladinos y españoles, y se sorprende de que «en todos esos casos no se nos hable de los mulatos».³⁷ Este autor desconoce o soslaya el proceso siempre dinámico del mestizaje, por lo cual le atribuye a los mulatos y negros, una función que realmente fue de todos los de «abajo» con características propias a cada uno de ellos, en la coyuntura política de 1811.

Es importante aclarar que las fuentes que se han usado por la mayoría de analistas son los «Procesos de Infidencia», reproducidos por el historiador Miguel Ángel García, en su Diccionario Histórico-Enciclopédico de la República de El Salvador, tomo I. De

37 Alejandro Marroquín percibe ese error en las mismas fuentes que cita Peccorini; pero el primero las depura, mientras el segundo las usa acriticamente cometiendo los equívocos aludidos; Marroquín p. 23

esa fuente es necesario aclarar sus limitaciones e importancia; primero, son procesos contra los participantes, los cuales toman posturas de defensa, negando hechos sobre muchos de los cuales no hay otra fuente; segundo, hay declaraciones «cargadas» o tergiversadas de los testigos de la acusación; y tercero, se borda una tupida red de hechos contradictorios; no obstante se pueden valorar y derivar posiciones, actitudes y conductas con bastante aproximación.³⁸

De esa manera podemos aproximarnos indirectamente mediante esa fuente citada en forma casi exclusiva por Peccorini y otros autores, al movimiento de actores y uso de las ideas e ideologías en las insurrecciones de las «ciudades o pueblos de color»; mestizos, mulatos o pardos e indios ladinizados o no, calificados en la coyuntura como «plebe»,³⁹ en este caso Santa Ana y Metapán, con alusiones a otros hechos en los levantamientos populares que aparecen en el cuadro 2.

Por las características de los movimientos insurreccionales de ese mes de noviembre de 1811,

38 Barón C., nota 21, cap. IV, p. 163.

39 Martínez Peláez dice, «se entiende por plebe: el vulgo, la gente pobre de la ciudad, mestiza casi toda, que se hacía cada día más agresiva, más numerosa y más irritable, p. 289

muchos de los cuales fueron tumultos, y con la escasez de fuentes que poseemos solo se puede aventurar la hipótesis de que varios o la mayoría de esos levantamientos presentaban un contenido popular de resistencia y rebeldía por diversas motivaciones, que no coincidían en todo con los movimientos autonomistas o proindependencia de los líderes criollos;⁴⁰ pero que se encontraron en el camino para bien o mal de ellos (o ambas cosas), dándoles un perfil ideológico no formal o poco formalizado a sus acciones más bien de rebeldía y resistencia.

En el Cuadro 3 hemos agrupado características comunes de los levantamientos recogidos en el Cuadro 2 que merecen alguna aclaración. El primero, que sean «brotes espontáneos de rebeldía» es relativo porque existe el descontento y la situación recibe estímulos internos, pero la insurrección de San Salvador opera como el «detonante».

El segundo, en esos brotes

40 La idea va un poco en la línea de investigación de los movimientos paralelos que en el caso mexicano «muy poco se juntan»: el criollo y el popular, de acuerdo al libro de Eric Van Young, *La Otra Rebelión. La Lucha por la Independencia de México, 1810-1821*, ver un resumen en: www.letraslibres.com

Cuadro 3. Características iniciales de los levantamientos de noviembre, 1811

1º	Brotos espontáneos de rebeldía	1.1 Estímulos locales 1.2 Estímulo de San Salvador
2º	Participación masiva de «los de abajo»	2.1 Mestizos 2.2 Indios 2.3 Mulatos
3º	Duración corta y fugaz pero intensa	1 día, 2 días, hasta 3 días
4º	Improvisación al ritmo de acontecimientos	4.1 Plan estratégico 4.2 Plan organizativo
5º	Objetivos vagos y generales*	5.1 Expulsión chapetones 5.2 Supresión impuestos gravosos 5.3 Por tierras étnicas 5.4 Por formas de vida

Fuentes: D. A. Marroquín, p. 61-63; f. Peccorini, 22-31, 41-50; R. Turcios, 174-180; Francisco Gavidia, 188-206.

* Nota: a veces de auto-defensa de lo propio; supervivencia de la lengua, de identidades de grupo, autonomía comunal, etc.

de rebeldía tienen un papel preponderante «los de abajo» y en sus inicios son dirigidos por líderes propios, aunque posteriormente los líderes criollos entran pero en plan de «pacificadores» y en otros casos de «descabezadores» de la insurgencia. Tercero, son movimientos radicales pero de una potencia efímera, por lo cual su fuerza de duración es corta pero variable entre 1 y 3 días. Cuarto, existe mucha improvisación adecuándose al ritmo de los sucesos, no hay planes estratégicos ni organizativos, aunque la excepción podría ser en cierta medida San

Salvador. Finalmente, los objetivos de los levantamientos en ciertos casos eran aparentemente concretos: expulsión de «chapetones» (español-peninsulares), supresión de cargas tributarias, por tierras étnicas, por preservación de formas de vida, por espacios en sistema social y político, etc. Pero que al examinarlos en detalle se muestran vagos y generales al no existir planes operativos; los únicos que estaban claros, aun ocultando o postergando sus verdaderos objetivos eran los criollos. Sin embargo, por esas características, todos sufren un fenómeno de debilidad

congénita que los hace proclives a la división y derrota.

Examinaremos actos, actores e ideas en la muestra de Peccorini, que sirve a nuestros propósitos. En la ciudad de Santa Ana, «pueblo de indios y mestizos», conforme a los datos,⁴¹ el liderazgo y activismo político estuvo en manos de «mulatos» y «negros», que realmente eran mestizos;⁴² se aliaron en el brote inicial con indígenas, se reunían en casa del «diputado de negros», y sus objetivos inmediatos eran: se les quitase «el fondo de pardos», expulsión de chapetones y librar de la cárcel a los correos de San Salvador y otros. El Gobernador de indios narra que los líderes mestizos del movimiento se reunieron en su casa el 17 de noviembre y le comunicaron que querían unirse a los indios, que les ayudaran a liberar los correos de San Salvador presos por autoridades del Ayuntamiento, que ellos eran portadores de noticias muy favorables a la «plebe» de esa ciudad, y que no temieran porque al día siguiente «hasta los campanas se habían de tocar».⁴³

En la narración del alcalde

41 F. Peccorini. Op. Cit., p. 22-24

42 El vocablo mulato proviene del árabe, de una voz que significa mezclado o mestizo. Ver www.simonbolivar.org/.../lospardos.html

43 *Ibid.*

de indios quedan claras varias actividades que se desataron a partir del día siguiente (domingo 18):

1) Que la iglesia había iniciado acciones para contrarrestar las condiciones de insurrección: desde el púlpito el cura promonárquico lanzó «anatemas de excomuniación» que corrieron, como publicados, en boca de los asistentes al acto litúrgico;⁴⁴ 2) el propio Alcalde de indios «después de que salió de misa» les comunicó lo de la excomuniación a mulatos e indios y sobre la propuesta alianza con los mestizos o mulatos, se excusó porque tenía que llevarlo a «sus principales» en alusión al Consejo de Alcaldes de Indios; 3) Que los mestizos se habían movilizado hasta en número de 600 que refluían en 300 o 200, según los acontecimientos se precipitaban; 4) A estas alturas los principales criollos se ha-

⁴⁴ Previamente este cura que era prolegitimista y enemigo político del cura Delgado, había sido el principal consejero del ayuntamiento cuando este le consultó sobre la actitud a tomar en relación a San Salvador en rebelión y no es de dudar que lo fue de la comisión que tuvo la misión de «negociar» con los alzados y de incumplir el plazo solicitado por ellos mismos. Véase: Turcios, *Los primeros patriotas...*, p. 175, y Gavidia, pp. 190-200).

⁴⁵ En realidad en la comisión había un español peninsular, Vicente Vides y los 2 restantes, Ciriaco Méndez y

bían movilizado para impedir el alzamiento mestizo-indígena, y se hace alusión a una reunión de una comisión de criollos⁴⁵ con el «diputado de negros», en presencia de un alboroto infinito de mulatos pidiendo la supresión de ciertos impuestos, y se dice, que de nada servían las razones de (los criollos) para aplacarlos.⁴⁶

La acción del Ayuntamiento en el desenlace fue decisiva, pues argumentando que «no bastando los arbitrios prudentes» de la comisión de criollos, y la intervención de la religión, en último recurso esa instancia tomó la decisión de «apresar de los que hacían de cabecillas de los facciosos», no sin antes haber publicado las decisiones tomadas por el Capitán General «para contener los excesos de San Salvador», que habían causado fuerte impresión «en parte de la plebe», que voluntariamente se han presentado «a favor y en defensa del rey; la religión, la nación y la patria».⁴⁷

Pedro M. Rodríguez eran criollos. F. Peccorini, p. 27.

46 Peccorini, Op. Cit., p. 24.

47 *Ibíd.*, p. 25. Juan de Dios Jaco, sastre de Santa Ana, mulato, de los principales cabecillas, dice que a él le apresaron los señores del Ayuntamiento y mucha gente de la plebe que se desdijeron de lo que habían pedido...» Peccorini, nota 5, p. 50)

Es importante anotar que este Ayuntamiento había recibido de la Junta de San Salvador, presidida por criollos (el cura Delgado y otros), el 11 de noviembre las proclamas y otras publicaciones en donde se les llamaba a unirse al movimiento autonomista, y el cabildo aconsejándose del cura monárquico rechazó adherirse y la llamó en su acuerdo: «sacrílega, subversiva, sediciosa y opuesta hasta el último grado a la fidelidad, vasallaje, sumisión, subordinación, etc. Debido a la soberanía de la nación representada por sus cortes... a nombre de nuestro amado Rey...».⁴⁸

Este cabildo en los días del levantamiento de los mestizos-mulatos apresuradamente nombró a una comisión de su seno con el objetivo de persuadir a los dirigentes rebeldes para que depusieran su actitud sin éxito, para pasar rápidamente a tomar la decisión de la detención de los cabecillas mulatos, pese a que pidieron un plazo de 8 días para cumplir con las demandas.⁴⁹

48 R. Barón C. p. 138; F. Gavidía, p. 188

49 Las demandas eran: rebajar el impuesto de mestizos, supresión estanco aguardiente, disminución de alcabala, bajar precio de tabaco y expulsión de »chapetones» del Ayuntamiento. R. Turcios, *ídem*; F. Peccorini, p. 52, nota 7.

Es interesante constatar que respecto al objetivo de expulsar a los «chapetones» de la ciudad, los líderes del movimiento explicaron que esas personas (6 en lista y otras, p. 51, nota 7, Peccorini) cuando fungieron como autoridades del Ayuntamiento «afectaban» a sus congéneres «dándoles cuero» aunque «fueran mulatos honrados», y esta explicación la hicieron en presencia de uno de los de la lista a expulsar de la ciudad que formaba parte de la comisión, persuasora.⁵⁰

En conclusión constatamos que, primero, pese a existir un pronunciamiento del cabildo en términos legitimistas religiosos, que la iglesia con un discurso idéntico acompañado con medidas de excomulgación, no lograron en un primer momento su objetivo de contener el movimiento encabezado por los mestizos, sí se consiguió debilitarlo más debido a su laxa organización, y a que ese discurso surtió efecto sobre los indios impidiendo

50 F. Peccorini, Op. Cit., p. 51, nota 7

51 Ese desenlace lleva al autor a la contundente constatación de que «la inmensa mayoría estaba del lado del orden (porque) lo voluntarios (mestizos) lograron apresar a los cabecillas de tan enfurecida facción...» (ibíd., p. 25), lo cual no es cierto sino hasta que se logró la división mestizos indios y se emprendieron acciones de contra-insurgencia.

la alianza con aquellos.⁵¹ Segundo, su espontaneidad fue relativa pues surgió de barrios populares como reacción a la posición del Ayuntamiento, por sus propias reivindicaciones, cruzadas por el estímulo de los barrios de San Salvador. Tercero, es importante señalar que la dirigencia de los mestizos es vista como una representación legítima de la «plebe» que estaba en las calles, pues estaban «acostumbrados a hablar con los señores más grandes (sic)... y en su cara les decían qué españoles no les simpatizaban a la plebe...»;⁵² así se manejan rudimentariamente ciertas ideas de representación política, para negociar sus demandas.

Por otro lado, y en cuarto lugar, los discursos atribuidos al dirigente más visible de ellos (Francisco Reyna, «el negro»), ponen al descubierto un manejo doble: proceder en su acción en nombre de los afectados por la violencia y los impuestos de los españoles, y a nombre de la religión y el Rey; promover la violencia popular y ser «defensores de los siete sacramentos» (sic) como lo afirmó un testigo.⁵³

A esta dialéctica del discurso, el autor citado la califica de «formación de una conciencia errónea tendiente a conciliar su afán

52 Ibíd.

53 Ibíd., p. 29

54 Ibíd., p. 28

reformista con su fe de católico», ciertamente ambigua pero real.⁵⁴

A este respecto es importante lo que dice otro líder: que a la acción de excomunión de los rebeldes por la iglesia como «ley de Dios» había que responder por el pueblo con «una ley mejor que seguían los franceses», la ley de la igualdad de las personas, y que frente a ella las leyes de la justicia (española) «no valían nada».⁵⁵ Lo que revela un bagaje popular sobre las ideas que circulan de «boca en boca» sobre la revolución francesa, aunque no sean parte de una ideología sistemática y coherente. Para Peccorini ese tinte ideológico hizo un efecto de temor en el pueblo «por la orientación un tanto afrancesada del motín».⁵⁶

El caso del «pueblo de in-

55 Op. Cit, p. 51, final nota 7

56 *Ibíd.* Haitianos que habían combatido en el proceso de independencia de Francia, apoyados por España, llegaron a Centroamérica y fueron ubicados en varias ciudades de la Intendencia de San Salvador: San Salvador, San Miguel, Sonsonate y Acajutla, por lo que pudieron ser portadores de las ideas de independencia, transmitiéndolas a los grupos de negros y mulatos de las ciudades y pueblos de la intendencia; se habla de posible participación de algunos en las insurrecciones de la Intendencia en nov. 1811 y en otras, en 1812. DEM, 23/01/10, p. 10-12

dios y ladinos» de Metapán es paradigmático como escenario de una revuelta que logró unir a mestizos e indígenas con participación destacada de criollos y aún de varias mujeres. Durante los días 24 y 25 de noviembre en una acción conjunta, mestizos e indios depusieron al Alcalde segundo entregándole el mando (la vara edilicia) a un afín a ellos, imponiendo su autoridad; luego atacaron el estanco de aguardiente, se obligó a suspender el cobro de la alcabala y que se rebajara a la mitad el costo de la libra de tabaco.⁵⁷

Aquí, como en el caso de Santa Ana, se parlamentó con el Alcalde primero, llegando a un acuerdo inicial de cumplir las demandas del movimiento mestizo-indígena; según se deduce el tiempo se usó en organizar la contrainsurgencia, teniendo de nuevo un papel central la acción clerical de apaciguamiento de los ánimos exaltados de los indígenas, a la vez que se hacía uso de la fuerza contra los mestizos. A los primeros se les llamó «con suavidad y paternal

57 R. Turcios, p. 175. Es simbólico que cuando los alzados estuvieron frente al Alcalde depuesto, lo primero que hicieron fue quitarle la «vara» edilicia como acto de toma del mando y traspasarlo a alguien afín a ellos; dicha acción fue repetida en otros levantamientos. En: F. Peccorini, p. 30.

amor», asegurando que no les harían daños las autoridades y persuadiéndolos que «se apartasen de los ladinos que los estaban poniendo contra el Rey y la religión», y a los segundos los fueron capturando, principalmente cuando se encontraban en grupos pequeños.⁵⁸

Aún hubo una segunda reacción cuando los indios se percataron de esas capturas uniéndose de nuevo a los mestizos y al grito de «fuera los españoles» y «traición», lanzaron piedras contra la milicia armada que les disparó y de esa manera los dispersaron. Así, «con oscilaciones de oleadas, entre calmas y tormentas» fueron apaciguando a la gente obteniendo el objetivo de dividirlos y derrotarlos.⁵⁹

En este caso, un pequeño contingente de criollos animaron la insurrección sin llegar al lide-

58 F. Peccorini. Op. Cit., p. 53, nota 8

59 Al retirarse los indios a su barrio se les enviaron emisarios con «cartas amigables llamándolos a la paz y tranquilidad; con iguales insinuaciones concurrió (al barrio) el cura quien «con la mayor suavidad» les hizo entender su error, y persuadidos juraron que desistían de la segunda sublevación, acordada con los mestizos para el día 26 por la noche (Francisco Peccorini, p. 52, nota 8).

razgo de él, que fue exclusivamente de mestizos y dirigentes del barrio indígena. Eso sí, hay que anotar que la cabeza más visible de los criollos confabulados era el administrador de correos del pueblo, un centro de influencia en los márgenes de los espacios municipales de Metapán.⁶⁰

Por la deposición de los testigos de los «procesos de infidencia», hay que resaltar varias características de este personaje:⁶¹

- 1) Había viajado por México (nueva España) y tomado contacto en los procesos de rebeldía mexicana con políticos independentistas;
- 2) sus ideas eran las de la ilustración liberal, que él matizaba con las propias del criollismo local;
- 3) conocía con cierto detalle la insurrección de San Salvador del 5 de noviembre, sus acciones y su organización, lo que denotaba su vínculo con líderes de la capital, procreados antes y después de una reciente visita al gobierno autónomo de los criollos;
- 4) efectivamente, fue iniciador de la organización de un grupo de criollos que intentaron dirigir la sublevación,

60 no los «notables del pueblo» son: el cura, los alcaldes y el administrador de correos (ibíd., p. 48)

61 Marroquín lo ubica como propietario dueño de haciendas añileras en Metapán; p. 55, nota 1.

punto en el que los actores visibles fueron líderes de los barrios populares los que tomaron la iniciativa de alzarse, 5) no obstante fue agente de enlace oficioso entre líderes de las rebeliones de San Salvador y Metapán;⁶² 6) Quizás un aspecto que agregaríamos es el de divulgador y propagandista de las ideas de emancipación, no solamente entre sus pares o iguales sino que fundamentalmente entre los mestizos o ladinos, con cuyos líderes hizo proselitismo entre los indios para el alzamiento.⁶³

Fuera de la «muestra» de Peccorini de «pueblos indígenas» que incluye mestizos, se encuentran otros seis conforme al cuadro 2; sin embargo, en relación con ellos la información es mínima, por lo cual nos referimos rápidamente a los alzamientos de Santiago Nonualco (Zacatecoluca) y Usulután, que caben en la caracterización del cuadro 3.

En el levantamiento de Usulután aparecen en confrontación las mismas ideas que en los casos ya analizados: el autonomismo criollo versus el legitimismo monárquico-religioso.⁶⁴ En forma

62 F. Peccorini. Op. Cit., pp. 42-46

63 *Ibíd.*, pp. 41 y 42

64 Pese a todas las acciones preventivas de las autoridades interceptando las proclamas de San Salvador a

masiva los habitantes de barrios populares se dirigieron a la plaza del pueblo y de allí a la casa del Alcalde «a quien le quitaron el bastón despojándolo del mando», nombraron a otro jefe municipal y al grito de «mueran los chapetones» iniciaron un ataque contra comercios y cárceles soltando a los reos, y se repartieron lo que tomaron de los estancos; en deposición de testigo de estos sucesos se afirma que esos «actos de vandalismo» los había observado en los pueblos (de Usulután) donde ha transitado, de lo que se desprende que el levantamiento fue más generalizado y profundo de lo que las fuentes indicaban.⁶⁵

En cuanto a la insurrección de los indios nonualcos el 5 de noviembre presenta peculiaridades propias que obligan a un examen diferenciado en relación a los ya examinados. Un primer as-

San Miguel y renovando el juramento de vasallaje «al católico monarca Don Fernando VII» no se pudo impedir el alzamiento del 17 de noviembre de los vecinos de los barrios populares. Ver: Turcios, p. 174-175, Gavidía p. 201 y Peccorini, p. 54.

65 Ver: Peccorini, Op. Cit., p. 31 y nota 9 p. 54. «Casi al mismo tiempo, toda la región de Usulután había quedado minada...», como lo insinúa el testigo Domingo Pallés »en su informe« F. Peccorini, p. 31 y 54, nota 9.

pecto es que, la espontaneidad de las acciones es clara: el estímulo no viene de San Salvador primordialmente sino que es local, por lo cual el grado de reacción del movimiento insurreccional está dado por problemas enraizados en la localidad: la tierra, la lengua, las tradiciones, etc.; aún cuando en el corto plazo se acerquen a las reivindicaciones generales. Segundo, la participación masiva es del pueblo nonualco, el cual tenía sus dirigentes naturales, sin alianzas con ningún otro grupo social. Tercero, las comunidades indígenas de los nonualcos estaban organizadas, gozando de su propia autonomía,⁶⁶ lo cual explica que el alzamiento se diera el propio día de la insurrección en San Salvador y que se haya logrado la toma de la ciudad de Zacatecoluca y del cuartel local.⁶⁷

Síntesis

El tema de los actores e ideas e ideologías políticas en la lucha por nuestra emancipación de España,

66 Es conocida la acción insurreccional de «desalambrar» los campos de los criollos y peninsulares que se llevaban a cabo años atrás al parecer por iniciativa de un joven Anastasio Aquino.

67 Gavidia, p. 193

ofrece una serie de interpretaciones que contienen muchos aspectos no abordados o que quedan incompletos en los análisis conocidos.

Nos ocupamos de varias cuestiones que, precisamente se nos antojan como «flancos débiles» o que quedan «colgando del aire» de la historia del periodo de nuestra emancipación. Primero, si pretendemos abstractamente señalar como contradicción (tensión) fundamental del periodo, la existente entre criollos y peninsulares, la hipótesis queda en el vacío sino la insertamos en una práctica concreta: las ideas autonomistas de que son portadores los criollos de San Salvador se acompañan de una previa práctica del gobierno autónomo de la Intendencia de la misma; o sea que, un grupo gobernante para ser tal debe probar su superior capacidad y mayores posibilidades técnico-materiales que otros grupos que van a ser desplazados; y eso se hace en una práctica de gobierno que los prepara para entablar una lucha para hegemonizar el poder. Por tanto, no basta con la constatación teórica de la existencia de la tensión criollos-peninsulares.

Segundo, que esa «palanca poderosa», la tensión criollos-peninsulares que lleva al movimiento de ideas autonomistas hacia un movimiento de ideas emancipa-

torias, recibe el choque contrario de una fuerza dominante en la ideología legitimista monárquico-religiosa de la colonia en forma diferenciada en «ciudades españolas» y «pueblos de mestizos»; y este encontronazo lo es de actores de carne y hueso en una arena política en donde, las fuerzas emergentes ponen en tensión sus capacidades ideológicas, ante un enemigo en decadencia, herido de muerte, pero que logra sobrevivir una década más. El discurso ideológico de ambos bandos tiende a matizarse con ideas del contrario, ciudadanos y Cortes representativas en el discurso legitimista, y «la máscara de Fernando» en el discurso autonomista independiente, resguardados por el poder material de cada uno.

Tercero, la práctica que lleva de «plebe a pueblo» a los actores «de abajo» (mestizos, indios, mulatos), es acompañada de ideas aún opacas que se alimentan de «narraciones y leyendas» que circulan de boca en boca acerca de los movimientos insurgentes con líderes de «color», y que dan paso a una «ideología mestiza»; o se nutren de las antiguas tradiciones orales de los indígenas: autonomía comunal, identidad étnica, defensa de las tierras o de la lengua, etc. Así se inicia el forjamiento de sujetos políticos, aun toscos, que con

sus acciones tumultuarias, muchas veces con objetivos borrosos y luchas inorgánicas y espontáneas, se lanzan al futuro con más instinto que planes.

Bibliografía

Barón Castro, Rodolfo. *José Matías Delgado y el movimiento insurgente de 1811*. Ministerio de Educación, Dirección General de Publicaciones, El Salvador, 1962.

Peccorini Letona, Francisco. *La Voluntad del Pueblo en la Emancipación de El Salvador*. Ministerio de Educación, Dirección de Cultura y Publicaciones, San Salvador, El Salvador, 1972.

Guandique, José Salvador. *Presbítero y Doctor José Matías Delgado*. Ensayo Histórico. Ministerio de Educación. Dirección General de Publicaciones, San Salvador, El Salvador, 1962.

Marroquín, Alejandro D. *Apreciación Sociológica de la Independencia Salvadoreña*. Instituto de Investigaciones Económicas, Facultad de Ciencias Económicas, Universidad de El Salvador, El Salvador, 1964.

- Gavidia, Francisco. *Fragmento de su Historia de El Salvador en la Recopilación Literatura de El Salvador de María B. Membreño*, pp. 181-207, Tomo I, Tipografía Central, San Salvador, El Salvador, sin fecha.
- Monterrey, Francisco J. . *Historia de El Salvador. Anotaciones Cronológicas (1810-1842)*, tomo I, 3ª ed., Editorial Universitaria, Universidad de El Salvador, 1996.
- Láscaris, Constantino. *Historia de las Ideas en Centroamérica*, 1ª ed., Educa, Costa Rica, 1970.
- López Jiménez, Ramón. *Esbozo Biográfico del Prócer Don Juan Vicente Villacorta*, 1ª ed., Ministerio de Educación, San Salvador, El Salvador, 1964.
- Rodríguez Beteta, Virgilio. *Ideologías de la Independencia, doctrinas políticas y económico sociales*, 1ª ed., Editorial Paris-América, Francia, 1926.
- Regalado Dueñas, Miguel. *La Realidad Política Centroamericana como crítica Proyectiva*, Editorial San Antonio, Guatemala, 1968.
- Pinto Soria, Julio César. *La independencia y la Federación*. En: *Historia General de Centroamérica: De la Ilustración al Liberalismo*, tomo III, cap. 2, coordinación: H. Pérez Brignoli, Flacso-Comunidad Europea, Madrid, 1993.
- Solórzano Fonseca, Juan Carlos. *Los años Finales de la Dominación Española*. En: *Historia General de Centroamérica*; cap. I, tomo III, coordinación: H. Pérez Brignoli, Flacso-Comunidad Europea, Madrid, 1993.
- Turcios, Roberto. *Los Primeros Patriotas. San Salvador 1811*, 1ª ed., Ediciones Tendencias, San Salvador, 1995.
- Valle, Rafael H. *Historia de las Ideas Contemporáneas en Centroamérica*. 1ª ed., Fondo de Cultura Económica, México, 1960.
- Martínez Peláez, Severo. *La Patria del Criollo*. 8ª ed., Educa, Centroamérica, Costa Rica, 1981.
- Martinotti, Héctor Julio. *Breve Historia de las Ideas Políticas*. Editorial Claridad, S.E., Buenos Aires, Argentina, 1988.
- Vidal, Manuel. *Nociones de historia de Centroamérica*, 6ª ed., Editorial Universitaria, San Salvador, El Salvador, sin fecha.

Sitios de Internet

www.ecumenico.org: Hacia la Verdad en torno al 5/11/1811, Carlos Cañas D. Servicio Informativo Ecuménico y Popular-SIEP, pub. E.M. 4/11/09

www.uca.edu.sv: Invención Liberal de la Identidad Estatal Salvadoreña, Sajid A. Herrera.

www.unigre.it: La Iglesia y la Independencia Política de Centroamérica: El Caso del Estado de El Salvador (1808-1833). Luis E. Ayala B.

www.uca.edu.sv: El Liberalismo Hispanoamericano en el siglo XIX. Mario Pozas

www.letraslibres.com: La otra Rebelión: La Lucha por la Independencia de México (1810-1821) F.C.E. Mex. 2006. Eric Van Young. Reseña del libro por Frederique Langue.

www.revues.org: Coralia Gutiérrez A. Universidad Autónoma de Puebla. La Histografía Contemporánea sobre la Independencia de Centroamérica. Debates 2009.

II

En el presente capítulo hacemos énfasis en los «movimientos», por lo que habíamos apuntado en el capítulo I: buscamos «indagar el cómo y el qué de hechos y acontecimientos vitales...no se encuentra en los archivos o en la teoría, sino en la historia de su medio social...»; es decir, en los contextos culturales y arenas políticas que, en periodos de viraje histórico, se convierten en campos de fuerzas sociales, individuales y movimientales que se cruzan, entrecruzan, se enfrentan, hacen pactos, conspiran, se dividen, etc., percibidos como actores de carne y hueso en el escenario de la vida política, los cuales se fijan ciertas metas, aún en forma difusa y vaga, siguen a sus líderes, establecen lazos de comunicación entre ellos y con la población por medio de la propaganda, de rumores y de mitos y leyendas y, triunfen o no, persisten en su lucha por medio de acciones de resistencia de un amplio abanico.

Eso es lo que hemos encontrado en nuestra investigación de las luchas por la emancipación a partir de acontecimientos que inician en Nueva Guatemala en 1808, en el Reino de Guatemala, y

«contagian» a las otras provincias, y en particular a la Intendencia de San Salvador —por sus peculiaridades que examinaremos— con el estallido del 5 de noviembre de 1811; de allí nuestra percepción de incompreensión de los elementos de continuidad-discontinuidad en el proceso de independencia que inicia su larga marcha en esas fechas para ya no volver atrás. Por ello nuestra postura crítica de los análisis que descalifican el desenlace «desde arriba» de 1821 como simple «oportunismo» de los próceres; tal análisis borra de un plumazo todo el período de persecución, represión y resistencia que diezmó efectivamente las filas insurgentes, pero no las derrotó en forma concluyente, sino que fue de acumulación de fuerzas durante la larga marcha —corta en el tiempo histórico— de un poco más una década.

A partir de aquí las interrogantes menudean, ¿qué hechos hay que tomar como punto de partida del movimiento insurgente? ¿Si es la capital del Reino donde inician los conflictos en 1808-1810, cómo se desarrolla esa dinámica política en la Capitanía General? ¿Quiénes son sus actores principales y los acontecimientos que la impulsan? ¿Cuáles son sus motivaciones y su base ideológica? ¿Qué tipo de resultados se obtienen en cada mo-

mento? ¿Qué significado tienen: avances o retrocesos, o ambos? ¿Cómo se expresa el avance o retroceso ideológicamente? ¿Cómo impacta y se da el «contagio» en las demás provincias, en especial en San Salvador? ¿Cómo valorar el esfuerzo del pueblo mestizo, indígena, mulato o «pardo» o negro, y aún criollo,¹ víctimas del pacto inicial Bustamante-Peinado? ¿Qué sucedió con el movimiento posterior a la «derrota» de 1811? ¿Qué aconteció entre 1812 y 1813 hasta el levantamiento de 1814? ¿Hubo desacumulación de fuerzas por la represión-persecución a partir de 1814 y particularmente desde mayo con la restauración del Absolutismo en España? ¿Qué tipo de

1 Porque no todos los criollos eran oligarcas o terratenientes y su cantidad en 1808 era de más o menos 4 mil en la Provincia de Guatemala; en la Provincia de San Salvador eran 3.307 en 1807 (ver cuadro de Distribución Étnica de las dos provincias en Regalado D., Miguel. *La realidad política centroamericana como crítica proyectiva*, Editorial San Antonio, Guatemala, 1968, pp. 152 y 153); en ese sentido también se ha señalado que los criollos de San Salvador presentaban una estratificación social en cuanto a posesión de tierras, y, en todo caso, ella, por sí misma, no era garantía de riqueza (Ver: Herrera, Sajid. *Luchas de poder, prácticas políticas y lenguaje constitucional. San Salvador a fines de 1821*. p.5).

resistencia, para una acumulación mínima, dieron los sobrevivientes al «tanden» contrainsurgente: Bustamante-Peinado entre 1814-1815, hasta la caída del último y, al primero, durante 1816-1817? ¿Qué sucedió durante los «procesos por Infidencia» (traición) que se les incoa por la autoridad colonial en ciudad Guatemala a los principales líderes de los movimientos suscitados en todo el Reino, desde 1814 y a lo largo de 1816? ¿Por qué la «ola» de indultos a los reos políticos, de San Salvador y de Nicaragua durante los años de 1817 y 1818 y a los de la «conspiración de Belem» de Guatemala en 1819? ¿Por qué el traslado-destitución del artífice de la victoria contrainsurgente, el Capitán General José de Bustamante y Guerra, en marzo de 1818 y su sustitución por un viejo funcionario a punto de retiro? ¿Qué sucesos —internos y externos— marcan la antesala o antevísperas de la proclama de independencia durante 1820 y la primera mitad de 1821?

En el contexto de esas interrogantes, las cuales no reciben respuestas contundentes —que no las hay en este artículo y en una serie sobre el tema— nuestra hipótesis es que, el proceso emancipatorio inicia su larga marcha en ciudad de Guatemala, que por su estatus de capital del Reino

se ve envuelta en una dinámica socio-política de «desobediencia política», a partir de las noticias sobre las abdicaciones reales y que tienen como centro el poder municipal del Cabildo, que llevan a los criollos por el derrotero de las exigencias al poder colonial de negociar un cogobierno, transitando paulatinamente hacia planteamientos autonomistas, en una espiral de conflictos con las fuerzas legitimistas y realistas, sean peninsulares o criollas legitimistas, en el periodo que va de 1808 a 1810. Ese marco histórico sirve de referencia para examinar posteriormente las insurrecciones de 1811 y 1814 en la Intendencia de San Salvador, que lejos de experimentar una contundente derrota, que supondría una marcha atrás o una reversión del proceso, nos encontramos frente a un movimiento que busca sobrevivir, o más bien resistir, en las complejas condiciones creadas por sus acciones y las reacciones de las autoridades españolas y sus aliados criollos. Tales acontecimientos y situaciones deben ser examinados en sus contextos reales, sin sesgos y descalificaciones ideologizantes previas, ni apologías «románticas» superficiales, y en sus detalles más «íntimos» o cotidianos, como un nuevo periodo del proceso emancipador, que a lo largo de su mar-

cha acumula pequeñas victorias y derrotas pero ya sin retroceso.² Todo ello dinamizado o lastrado, o ambas cosas a la vez, por las ideas, creencias, sentimientos e ideologías de los diferentes actores en liza, bajo el muy conocido supuesto de que «las ideas cuando prenden en las masas se convierten en fuerzas materiales»; en el entendido de que esa es una fórmula muy general y puede no decir nada o significar muchas cosas; de aquí la necesidad de pasar de lo abstracto formal a lo concreto real. Examinemos, pues, el movimiento, o más bien, los movimientos reales con la información disponible y accesible.

2 El periodo de 1811 —a inicios de 1814—, el de mayor ofensiva insurgente, será continuado por un momento de repliegue frente a la iniciativa tomada por la contrainsurgencia, la cual se recrudece a partir de la restauración del absolutismo y la derogatoria de la Constitución de Cádiz de 1812, en mayo de 1814, consecuencia de la derrota de Napoleón en Europa; ese repliegue y resistencia va a transitar por varios momentos, hasta la rebelión de las tropas de Riego a inicios de 1820 y de la independencia formal del 15 de septiembre de 1821 y la más real de 1823 que serán objeto de análisis en posteriores artículos.

